

No se podía imponer la pena de muerte, podía procurarse. La doctrina de la vida futura y de las recompensas eternas es la que ha producido los mártires; gloriosos testimonios de la luz que había dejado en pos de sí el Sol divino, y de la ardiente fé que el Cristo había inspirado á sus apóstoles y á los padres de la primitiva Iglesia.

La enseñanza de los misterios, que no se dirigia, como la del Cristo, á la humanidad entera, sino á un pequeño número de iniciados, no tuvo necesidad de velar á los que tenían los altos grados es verdadero secreto de la vida futura. En el *Orpheo* de Ballanche, Tamiris el iniciado vió presentarse ante él maravillosos cuadros, obras de los mas hábiles artistas. Uno es un hombre atado á una rueda que gira sin fin, otro representa á un culpable devorado por el hambre y la sed, ante un arroyo que huye eternamente de sus lábios secos, ante frutos succulentos que no puede alcanzar. Otro representa cincuenta mujeres llenando eternamente con sus vasos una cuba eternamente vacia. Y el heirophante añade:

“Ya lo véis, Tamiris, esas son las pinturas de las vanas pasiones del hombre, de sus trabajos sin descanso, de sus cálculos fallidos, de sus tormentos siempre renacientes. Si la vida actual no fuera el pasa á otra vida; si estuviera fijada y hecha inmortal, tal como es, el funesto cuadro que está ante la vista, seria el cuadro mismo del destino de la humanidad. La Grecia, sin embargo, dará un nombre á todos estos cuadros. Este será Ixion, este será Tántalo, estas serán las cin-

cuenta hijas de Dánao. Nosotros te lo hemos dicho ya, Tamiris, el infierno es la Tierra.

Así, pues, en el lenguaje simbólico, tan bien comprendido por Ballanche, el mundo terrestre es el infierno; es la mansion de la expiación y al mismo tiempo de la prueba. ¹

El iniciado sabia, pues, que el infierno es transitorio, y que él que ha merecido por sus faltas, la habitacion en los mundos inferiores, puede levantarse por la expiación y el arrepentimiento, y obtener progresivamente existencias mas dichosas.

El dogma de las vidas sucesivas fué el mas grande secreto de los Misterios, transmitido de edad en edad á iniciados preparados á esta verdad por largas pruebas.

El dogma de las vidas sucesivas forma de tal manera el fondo de los Misterios, que su constitucion y gerarquía descansa sobre esta base. Los diferentes grados de la iniciación, son el símbolo de los diversos grados de la vida futura. Recordemos que, en los Misterios antiguos y modernos, el principio siguiente, siempre ha sido proclamado: “Nadie puede franquear un grado violentamente sin la prueba y el mérito.” ²

¿No está prohibido tambien al iniciado de un grado

¹ *Orpheo*, libros VII y VIII, p. 393, 403 y 404.

² Esto es lo que he expresado en el canto de los iniciados á los grandes Misterios, que termina el epítogo de *Falkir*.

Falkir, nosotros deploramos tu caída.—Tú quisiste evitar la lucha,—Rompiendo la prueba por la muerte.—No se sube sin esfuerzo.—Por una culpable escalada,—Nadie se eleva al grado.—Antes de haberlo merecido.

penetrar, antes de ser promovido á él, los secretos de un grado superior? Esta última prohibicion es la reprobacion del suicidio. El hombre no puede libertarse voluntariamente del grado terrestre de la iniciacion. Ballanche ha conocido muy bien la alta significacion de los Misterios ¹ porque ha hecho decir á Thamyris, despues de su iniciacion. "Comprendo la razon de las pruebas de la humanidad pruebas en que los Misterios de Isis ofrecen una imágen." ² Ballanche añade en otro pasaje: "Los antiguos decian que solo los iniciados llegaban á la vida feliz del Eliseo, y que los otros eran sumergidos en el Tártaro; en el lenguaje de la

¹ Que la doctrina de la vida futura habia sido enseñada en los Misterios, no se puede dudar. Ciceron se explica así en el 2.º "libro de las leyes:» Por el socorro de los Misterios, los hombres aprenden no solamente á vencer y á vivir en la paz, sino aun á morir con la esperanza de un porvenir mejor. "Jámblico refiere este pensamiento, como comprendido en las enseñanzas de los Misterios:» Las almas se elevan á menudo á fuerza de mérito á las esferas superiores; entonces, franqueando los límites que les estaban prescritos, pierden su existencia infinita, para revestir la de la familia y de la nueva sociedad á que son agregadas.» [De los Misterios, seco. II. cap. 2.] Plutarco, en una ocasion en que no podia mentir, en la que debia hablar con su corazon, para consolar á su mujer de la muerte de su hijo coman, ha escrito: "El vulgo [*profanum vulgus*] se imagina que despues de la muerte nada queda del hombre, que no hay para él ni bienes ni males; tú sabes muy bien lo contrario; ¡oh esposa mia querida! una tradicion de familia [los antepasados de Plutarco habian sido todos iniciados, y su padre habia sido hierofante] nos ha trasmitido de generacion en generacion una doctrina diferente. Ademas, iniciados como estamos en los Misterios sagrados de Baco, tenemos las grandes verdades. Sí, el alma es inmortal y le está asegurado un porvenir [*consol. ad uxorem*]."

² Orpheo, p. 247.

iniciacion, esto queria decir, que el resto seria llamado á nuevas pruebas. Servio explica, y en esto era autorizado, que el infierno, la region inferior, es nuestro mundo. ¹

Todo en la organizacion jerárquica de los Misterios, se refiere al dogma de las vidas sucesivas, de las pruebas progresivamente impuestas, del progreso de la iniciacion, de los diversos grados conquistados por el mérito y la virtud. Los Misterios eran la representacion simbólica de los destinos humanos. El neófito, despues de haber pasado la puerta prohibida por las tres guardias se empeña en no retroceder. Si la firmeza le faltaba en las pruebas que debia sufrir, pasaba el resto de su vida en los departamentos anexos al templo; donde podia, sin embargo, por su celo, subir aun al rango de oficial subalterno. ²

El vestíbulo del templo representaba la vida terrestre, la mansion de los mundos inferiores, del infierno; el santuario á donde llegaba el iniciado vnceedor en las pruebas, era el símbolo de la vida feliz en los grandes Cielos, en los mundos superiores; de aquí este principio: Nadie puede subir mas que por el mérito y la virtud, la recompensa no pertenece, sino al que ha atravesado las pruebas. Por otra parte, los grados de iniciacion varian segun el adelanto y el progreso del iniciado, de lo que se deducia este otro principio: La recompensa es proporcionada al mérito.

¹ *Palingenesia social*, p. 105.

² Reghellini de Scio, *La masonería considerada como el resultado de las religiones egipcia, judía y cristiana*, t. 1.º p. 11.

El neófito no encuentra á las puertas de la iniciación mas que miedos, marchas penosas y obstáculos que le rodean ¹ pero pasados estos trabajos, una luz celeste hiere sus ojos y descubre en su derredor un espectáculo encantador, una campiña que le sonríe. Coros acompañados de una música melodiosa halagan agradablemente sus oídos, visiones santas le aparecen: está iniciado, está revestido del carácter de elegido por su admisión; ya no es el esclavo del temor, está coronado, triunfante, está admitido á la ciencia sublime de las doctrinas sagradas.

No se podría razonablemente negar, que el conjunto de la doctrina de los Misterios se aplicaba á la vida futura, bajo la forma del progreso de las existencias sucesivas.

Notemos que la morada del infierno, figurada por el vestíbulo del templo, no era siempre mas que transitoria, que el neófito podía constantemente salvarla sufriendo tarde ó temprano las pruebas, y que, aun permaneciendo en el mundo inferior, tenia la facultad de elevarse al rango de oficial subalterno. Esta ley simbolizaba perfectamente el estado perpétuamente relativo y temporal del pecado, que no puede jamas revestir un carácter absoluto. Los nobles goces reservados al iniciado, eran tambien la viva y exacta imagen de la mansión de los mundos superiores; de todos los sentidos terrestres, el oído y la vista eran solos satisfechos y engrandecidos, y la mayor promesa

¹ La masonería considerada etc. t. 1º p. 16

se dirigía á la inteligencia, que era llamada á conocer la ciencia sublime de las doctrinas sagradas, es decir, en el lenguaje de la iniciación, la ciencia de las cosas y de Dios, su principio. Así será efectivamente, la visión debe obtener mas tarde desarrollos inconcebibles para la imaginación; el oído será llamado tambien á perfeccionamientos inmensos; la lujuria, la gula desaparecerán en los mundos dichosos; en fin, los cuerpos espirituales, de que habla San Pablo y de que seremos revestidos, estarán libres de los apetitos groseros. Cuando Mahoma prometió á los elegidos de su paraíso los placeres de la buena mesa y del amor sensual, trasportó al cielo los falsos goces del infierno, y se condenó sin esperanza por esta indigna mentira, que rechazaban las tradiciones universales de la humanidad. Del mismo modo, á pesar de la grande y sublime idea de la unidad divina, el mahometismo no es mas que un cuerpo helado del cual la vida se retira cada dia, y que va á ser devorado por el olvido.

Todavía falta alguna cosa á la descripción elisiaca de los Misterios, y esta cosa es mucho; en una palabra, es la caridad.

Yo veo bien en esta descripción, que solo los nobles son satisfechos, que la inteligencia tendrá los mas preciosos desarrollos; pero en ninguna parte veo la tendencia general á la unidad, la atracción divina que arrastra á todos los seres, la sociedad universal de las criaturas, el amor infinito que sube de ellas á Dios, y vuelve de Dios á ellas, para abrazarlas á todas en una indivisible solidaridad. El Cristo aun no habia veni-

do; Dios no se habia revelado bajo la forma del amor; la caridad pecaba por falta de extension, y no se practicaba mas que entre los iniciados; el esclavo, el extranjero no eran admitidos á la iniciacion; las preocupaciones de raza penetraban hasta el seno de los santuarios.

Como quiera que sea, el dogma de las vidas sucesivas no habia revestido el carácter de grandeza, que las ideas modernas nos permiten darle. Todas las nociones de progreso humanitario, del orden y de la jerarquía de los mundos, de la unidad de los seres por la caridad, no habian llegado á brotar. El dogma de las vidas sucesivas tenia ya su base en la hipótesis de la preexistencia; se vé por todas partes, esta hipótesis dominar las creencias antiguas y pasar á la doctrina exotérica del pecado original; solamente esta doctrina privada del eslabon que la liga al pasado de las tradiciones, á la armonía y á la gerarquía de los mundos, al estado subalterno de nuestro globo, mansion de la expiacion no ménos que de la prueba; esta doctrina aislada no ha sido mas que una concepcion monstruosa é imposible de admitirse por todo espíritu que no hubiese perdido el sentido de los antiguos mitos. La preexistencia era enseñada á los iniciados. Diré en seguida lo que pienso de ese dogma tan ve-

1 En su *Tratado de los misterios egipcios*, Jámblico ha escrito: Antes de ser desterrado á un cuerpo, el alma habrá oido la armonía de los cielos; si acentos análogos á estos divinos acordes de que se acuerda siempre vienen á herirla, estremecida, es arrebatada por ellos y trasportada. (Sec. III. cap. 9.)

nerable por su antigüedad, y por la luz que arroja en la explicacion de los destinos terrestres. Haré comprender suficientemente que sin él todo es desorden en la Tierra; que por solo él se encuentra ligada al conjunto; que el defecto de la parte no es mas que una apariencia transitoria, sirviendo á la belleza y á la unidad del todo; que asi nuestro planeta está colocado en condiciones físicas correspondiendo al rango que ocupa en la creacion y al estado moral de sus habitantes; que la cuestion del mal no es una, puesto que los defectos de nuestra morada y de nuestra naturaleza, tienen su razon y su necesidad en el plan general del universo.

Jámblico ha escrito un pasaje notable: "La justicia de Dios, dice, no es la justicia de los hombres. El hombre define la justicia conforme á las relaciones sacadas de su vida actual y de su estado presente; Dios la define relativamente á nuestros existencias sucesivas y á la universalidad de nuestras vidas. Asi es que las penas que nos aflijen, son á menudo el castigo de un pecado de que el alma se habia hecho culpable en una existencia anterior. Algunas veces, Dios nos oculta la razon de ello, pero nosotros debemos dejar de atribuirlo á su justicia." ¹ Es imposible encerrar en ménos palabras mas magníficas advertencias, sobre el problema de la vida humana: desgraciadamente tales pensamientos son raros en las obras de Jámblico. Este es un relámpago de verdad que surca

1 *Tratado de los misterios egipcios*. Sec. VI cap. 4 edic. cit.

las profundas tinieblas de errores manifiestos y condenados. Jámblico había sido iniciado en los Misterios, se había inspirado en los manantiales de la sabiduría y de la tradición antigua, pero no supo discernir siempre el oro puro de la liga á que estaba mezclado. Con todo eso, y para nuestro objeto, la cita precedente tiene una inmensa importancia; desarrollemos sucesivamente todas las consecuencias que de ella se derivan.

La justicia humana se define conforme á las consecuencias sacadas de la vida actual y de nuestro estado presente. Esta justicia se encuentra ofendida muchas veces por el concurso de los destinos terrestres; aquel ve que todo acontece á medida de sus deseos; este otro es presa de todos los dolores y disgustos; uno obtiene por su nacimiento riquezas, posición social, honores y bienestar; el otro no ha heredado de sus padres más que lágrimas y pobreza. Al primero todo le sonríe, todo se prepara, su venida al mundo es un día de fiesta, para él, las dulces caricias, el amor y la protección de una orgullosa paternidad; el nacimiento del segundo, al contrario, es un aumento de familia, es casi una desgracia.

Y todo esto ¿por qué? ¿De dónde viene la diferencia? ¿Por qué para unos toda la miel, y para otros toda la amargura de la vida?

La justicia humana no puede dar explicaciones satisfactorias.

¿Quién, pues, resolverá el problema?

¡La justicia de Dios! y ¿cómo?

Es porque esta justicia está definida relativamente

á nuestras existencias sucesivas y la universalidad de nuestras vidas.

Y como si el pensamiento no fuera bastante claro, Jámblico añade, que los sufrimientos de esta vida, son la pena de un pecado cometido en una existencia anterior; termina, en fin, por una admirable conclusión:

Aunque no percibamos la razón de nuestro estado presente, no debemos dejar de atribuirlo á la justicia de Dios.

No vacilo en proclamar con toda la sinceridad de mi corazón, que la enseñanza moral que dimana de esta máxima, me parece infinitamente más grande que la doctrina ordinaria.

¿Qué dicen los predicadores cristianos?

Los males de la Tierra, la miseria, las desazones, el duelo, los dolores, son pruebas que Dios nos envía; bienaventurados los que sufren en este mundo, porque ellos serán consolados en el otro.

Esta es la verdad ciertamente, pero hay en esta enseñanza un lado por el cual su eficacia no está asegurada y se encuentra sobre todo disputada en nuestros días.

Admitamos que los males de la vida sean pruebas; pero ¿por qué á unos un camino tan fácil, tan risueño, tan llano? ¿por qué á otros tantos obstáculos y tantas espinas? ¿Por qué tan grande diferencia en los lotes de la felicidad?

La estrechez actual de la teología consiste en que no abraza más que un lado de la existencia terrestre,

el de la prueba, y omite otro no ménos real, el de la expiacion. El cristianismo tiene razon de decir:

Bienaventurados los que sufren, porque las pruebas sufridas son un encadenamiento á una suerte mas dichosa; pero aun debia decir y lo dirá mas tarde: No os quejeis porque sufris, Dios es justo, nada es dejado á la casualidad y á la fatalidad. Así es que, cuanto acontese en la Tierra, aunque no percibamos la razon de las cosas, no por eso debemos referirlo á injusticia divina. ¿No es cierto que esta idea es la mas moral, la mas consoladora y verdadera?

La teología no ha impedido las locas utopías que se han producido en nuestros tiempos; es impotente para contener las quejas y las tentativas del proletariado moderno. Se ha perdido de vista el encadenamiento y el fin de los destinos humanos; se ha querido aislar al hombre del conjunto de las creaciones, no ver en su estado presente la consecuencia de un pasado indubitable á pesar de su oscuridad, y de aquí resulta que el hombre se ha hecho centro, que ha olvidado su origen, su mision y su fin, que ha explicado el mundo terrestre y sus relaciones por una fatalidad inexorable; que perdiendo á la vez el recuerdo del camino que ha recorrido, y el presentimiento del fin que debe alcanzar, se ha puesto á maldecir cuando debia resignarse y esperar, ó renegar de sus pruebas cuando debia sufrirlas y sobreponerse á ellas; lo que era para él un castigo merecido ó una faz necesaria para su felicidad, lo ha visto como una ironía del destino. De un modo constituido así, la idea de Dios debia borrarse pronto.

Muy cerca está de negarse, cuando en ninguna parte se percibe el dedo de la Providencia. Como no habia que luchar contra su voluntad soberana, sino solamente contra la ciega deidad del Hado, los pensadores han soñado el paraiso en la Tierra; las desgracias de nuestra morada y de nuestra sociedad, son por ellos atribuidas á una organizacion viciosa, y cuando las reformas se realicen el mal desaparecerá con su causa; las desigualdades sociales quedarán abolidas; la fraternidad reinará sin division entre los hombres. A estos bellos sueños no faltan mas que dos condiciones: que los habitantes de la Tierra sean ángeles, y que la misma Tierra sea una mansion de delicias; lo que no puede suceder, sino en el porvenir y por una distribucion de almas superiores. Que la humanidad se mejore progresivamente, que nuestro globo se eleve poco á poco en la escala de los mundos, que la suerte de las clases desheredadas sea singularmente mejorada, lo creo, lo espero; pero cuando la humanidad haya llegado á su término de perfeccion, será transfigurada, participará de la unidad bienaventurada de las sociedades celestes; las condiciones de vida, de progreso, de adelanto gerárquico serán cambiadas. Tal como existe hoy, es poca cosa, y su mision es precisamente llegar á ser algo. He escrito en otra parte sobre sus progresos pasados y futuros inútil es repetirlo. Como quiera que sea, para el presente prefiero el sublime pensamiento de Jámblico á todo cuanto se ha dicho á este respecto: él es la sola y verdadera base de la moral humana. Aceptar con resignacion el lugar que nos está asignado á cada uno, lle-

nar nuestro cometido en los límites de nuestro poder y de nuestras facultades, será el mas alto secreto de la sabiduría, el mas seguro medio de servir á la humanidad, á la cual estamos ligados durante nuestra corta estacion en la Tierra. Es probable que estas estaciones están en relacion, en su duracion y sus modos, con las exigencias de cada una de las sociedades diversas, de que podemos llegar á ser miembros sucesivamente, y que de esta suerte, el orden, la condicion de las pruebas, su agravacion como su atenuamiento, se encadenan con el conjunto y el desarrollo de nuestras existencias, con las proporciones de nuestros méritos y nuestras faltas, como con la grandeza de los destinos á que Dios nos convida.

Concluimos de todas estas citas y de todas estas comparaciones:

- 1.º Que la inmortalidad del alma ha sido enseñada en los antiguos misterios;
- 2.º Que la doctrina de la preexistencia y de las vidas sucesivas ha sido la forma de esta enseñanza.

Sin duda los Misterios han estado, como todas las obras terrenales, mezclados de mal y de impureza; pero es necesario guardarse mucho de imitar, en su apreciacion, la ceguedad de M. de Mirville, que no quiere ver en ellos mas que el elemento malo que él atribuye, segun su preocupacion habitual, á Satan y á los demonios. Estimamos en mas, el juicio que forma de ellos el sabio de Chéroneo, el buen viejo Plutarco, cuando dice que "lo mas á menudo, *excelentes espiritus* intervenian en los Misterios, aunque alguna vez, los

perversos procurasen introducirse allí;" la verdad es esta. Nosotros verémos mas tarde que Satan y sus satélites, considerados como Espíritus del mal, eternamente inmóviles, provienen de una concepcion delirante y falsa, que sin duda hay Espíritus malos, pero, progresando á su vez hácia el bien, y nosotros declaráramos altamente preferir la demonología de Plutarco á la de M. Mirville, y de algunos cristianos exagerados que la acogen. En este capítulo no hemos hablado mas que del lado bueno de los Misterios; lo termináremos por las observaciones llenas de verdad y de oportunidad de M. Adolfo Bertet en su libro del *Apocalipsis del bienaventurado Juan*.

Todos los cultos, diferentes en nombre, han estado de acuerdo sobre la unidad del verdadero Dios, y aun sobre la trilogia ó la necesidad del ternario en la enumeracion de los atributos esenciales de la divinidad; asi es que todos los sabios han acabado por reconocerla en el estudio profundizado de las diversas iniciaciones secretas

Poco importa que este Dios único sea llamado *Brahma* en el nentro, ó *Parabavastou*, y que su ternario se descomponga en *Brahma*, en el masculino *Visou* ó *Vichnou*, y *Routren* ó *Siva*, que significan creacion, conservacion y destruccion; poco importa que, como el culto hebreo le llama con Moises *Jeve*; poco importa que los Persas, siguiendo el culto de Zoroastro, le haya llamado *Ormuzd*, dividiendo el ternario divino en accion, en palabra y en pensamiento, nombrando á los siete arcángeles ó los Eloim de Moisés, los siete

amschaspands; poco importa que entre los Griegos se le haya llamado el desconocido: poco importa que nuestros padres los Galos ó Gaels le hayan llamado, con los Druidas, sus padres, *Hesus* ó *Crom*, dividiendo el ternario en Bélon, Bel-Héol de rayos de llama, dios del Sol: en Koridven, ó la diosa de la Luna, y en Gwion, padre del gran Taliesin ó del gran iniciador de la ciencia: poco importa, en fin, que este ternario psicológico de poder, de inteligencia y de amor, ¹ sea llamado Padre, Hijo y Espíritu Santo: por todas partes el fondo es el mismo, y se resume en un solo Dios.

¿Cuál no sería el aturdimiento de la humanidad entera, si llegase repentinamente el día que rompiendo el velo del esoterismo religioso acabase por reconocer que jamas ha habido divergencia de opiniones sobre los puntos esenciales de *la unidad de Dios, de la inmortalidad del alma, de la recompensa de los justos, del castigo de los malvados*; que las heregías no han sido mas que indiscreciones ó modificaciones sin importancia sobre accesorios indiferentes en sí mismos; que las querellas teológicas no han sido mas que disputas sobre palabras no comprendidas; que las guerras de religion no han tenido otro móvil que el orgullo queriendo imponer su sentido personal á estas palabras, y otro fin que el de sobreponerse una secta á otra: que las persecuciones y los autos de fé no han si-

¹ Véase sobre la Trinidad, á Chateaubriand en sus *Estudios históricos* vol. II; Bossuet en sus *Elevaciones á Dios*, sobre los *Misterios de la religion cristiana*; Henríu Martin, en su *Historia de Francia* vol. I p. 55.

do mas que los funestos efectos humanos de las envidias de las clases sacerdotales?

¿Con qué menosprecio no se verian estos hombres orgullosos, estos hijos de las tinieblas, que en nombre de un Dios de verdad, de inteligencia y de amor, no han temido derramar la sangre de sus hermanos para hacer triunfar sus opiniones personales, sobre las de sus adversarios, en lugar de contenerse en aquello que Jesus mismo decia reasumir toda la ley y los profetas: *Amar á Dios sobre todas las cosas y á su prójimo como sí mismo?* ¹

Retrayendo toda la religion á esta sencillez é ingenuidad de Jesus, ² es como se llegará á resolver fácilmente el problema tan debatido, la armonía entre la fé y la razon, y como se hará prevalecer en la tierra ese reinado de Dios tan poco comprendido, que es el reinado de la verdad ó de la absoluta razon, de la justicia y de la fraternidad universal.

¹ Luc. cap. VI, v. 27 y siguientes.—Mateo cap. XXII, v. 37, 38, 39.—Juan cap. XIII, v. 34.

² *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*.—Mateo cap. XI, v. 29.